

Fortunati, L. (2019). *El arcano de la reproducción. Amas de casa, prostitutas, obreros y capital. Madrid: Traficantes de Sueños.*

La activista y académica italiana Leopoldina Fortunati publica en 1981 esta obra al calor de las luchas feministas de los años 60 y 70 en torno al trabajo doméstico. Estas luchas y reivindicaciones no se limitaban a desmontar la idea de que el lugar natural de las mujeres es el hogar y que su función debe ser cuidar de sus miembros, sino que hacían un análisis mucho más profundo para demostrar cómo el conjunto del sistema socioeconómico descansa sobre la invisibilización y desvalorización de toda la esfera de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. A partir de este enfoque surgen todo tipo de iniciativas sociales y políticas encaminadas a desnudar esta contradicción fundamental del sistema, entre las que destaca la campaña ‘Un salario para el trabajo doméstico’, de la que formó parte muy activa Fortunati junto con otras conocidas intelectuales como Silvia Federici, Mariarosa Dalla Costa o Selma James.

Este movimiento sociopolítico está muy influenciado por el feminismo marxista de carácter autónomo o autonomista. Fruto del rechazo a la excesiva burocracia y ortodoxia de los partidos y sindicatos tradicionales de izquierdas – y de su ceguera respecto a situaciones de dominación y explotación no basadas únicamente en la clase social – surgen propuestas teóricas y prácticas que, partiendo de categorías y análisis marxistas, pero revisándolos y superándolos, tratan de aprehender y transformar las relaciones sociales y de producción de una manera más integral, no centrándose únicamente en lo que ocurre en las fábricas.

Es en este marco político e intelectual en el que se inserta ‘El arcano de la reproducción’, donde Fortunati realiza un análisis marxista heterodoxo de la esfera de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo en el capitalismo, demostrando cómo el proceso de valorización y acumulación del capital no empieza y termina en las relaciones de trabajo asalariado, sino que afecta al conjunto de la vida y está presente también en el trabajo doméstico y de prostitución que realizan principalmente las mujeres. Pese a que la primera edición de la obra data de 1981, y a que hoy en día la organización de la reproducción y las estructuras familiares han cambiado en algunos aspectos, este análisis no pierde vigor ni interés. Prueba de ello es que su traducción al castellano se ha realizado muy recientemente, en septiembre de 2019.

El libro consta de trece capítulos divididos en dos partes en los que se van revisando las categorías analíticas del marxismo para adaptarlas y trasladarlas a las relaciones sociales y de producción presentes en el trabajo doméstico y de prostitución. Fortunati comienza describiendo la separación a nivel formal que se establece entre la producción y la reproducción en el capitalismo, una división que se justifica bajo el supuesto de que la producción es un proceso de creación de valor, mientras que en la reproducción no se crearía valor. La autora cuestiona esta separación mostrando que a nivel real ambas esferas están ‘inextricablemente unidas y son interdependientes, pues la primera (producción) es presupuesto y condición de existencia de la

segunda (reproducción)' (p. 35). El proceso de reproducción, en este sentido, aparece representado como un conjunto de relaciones recíprocas entre individuos unidos por algún tipo de vínculo familiar y no como lo que en realidad es, relaciones de producción capitalistas. La fuerza de trabajo como capacidad de reproducción se divide en dos partes: la producción y reproducción de la fuerza de trabajo (trabajo doméstico) y la reproducción específicamente sexual de la fuerza de trabajo masculina (trabajo de prostitución), siendo esta última secundaria. La primera aparece ante el capital como fuerza natural del trabajo social y la segunda como fuerza 'innatural' e incluso criminal.

La separación formal de estos procesos se refuerza con la división sexual del sujeto principal de trabajo en cada uno de ellos, siendo el hombre el 'protagonista' en la producción y la mujer en la reproducción. La relación entre el hombre y la mujer no era tampoco igualitaria antes del capitalismo, pero se basaba en la cooperación laboral para el consumo (desigual) de los valores de uso que producía la unidad familiar, mientras que con el modo de producción capitalista se establece un intercambio entre capital variable (salario del hombre) y fuerza de trabajo como capacidad de producción y reproducción de la misma (trabajo doméstico y de prostitución). Es decir, se da una relación de producción entre el capital y la obrera del hogar o del sexo mediada por el obrero. Mientras que, al menos nivel formal, la relación entre el obrero y el capital aparece como un intercambio de mercancías entre iguales, esto ni siquiera se representa así en la relación de trabajo doméstico o de prostitución, ya que no se considera que la fuerza de trabajo que se intercambia en este caso tenga valor, que sea una mercancía, lo que ahonda la desigualdad en la relación hombre-mujer.

Siguiendo con este análisis, que contraponen lo representado a nivel formal con lo que ocurre a nivel real, Fortunati expone cómo lo que parece una relación de circulación simple – el obrero recibe el trabajo doméstico o de prostitución como actividad que crea algo útil para satisfacer sus necesidades, no para convertirlo en capital – es, en realidad, una relación de circulación compleja, porque se está intercambiando capital a través del obrero con fines de producción. Esta relación se inserta en la circulación de mercancías constituida por el mercado de trabajo, que, según la autora, no se limita al del trabajo asalariado, sino que está compuesto por cuatro niveles – oficial, extraoficial, ilegal y *underground* – y diferentes secciones que representan la estratificación de poder dentro de la clase trabajadora. Las secciones de trabajo doméstico y de prostitución –entendiendo por secciones partes del mercado de trabajo con características muy específicas, pero que no llegan a constituir un sector completamente autónomo del resto– se complementan y contraponen entre sí, y cuentan con singularidades respecto a otras, especialmente la primera, donde funciona la ley del pleno empleo.

La razón por la que, también desde postulados marxistas, se considera que el proceso de reproducción no es capitalista, es porque 'se han confundido las características particulares de este proceso laboral – que provienen de las características particulares de la mercancía producida (la fuerza de trabajo como capacidad de producción) – con un estar al margen del modo de producción capitalista' (p.135). Este proceso consta de dos fases: la transformación de los medios de producción en valores de uso consumibles a través del trabajo doméstico obrero no es directamente consumible) y la transformación (el salario del obrero no es directamente consumible) y la transformación de estos valores de uso en fuerza de trabajo (consumo de los valores de uso por parte del obrero). El proceso de reproducción es, por tanto, un

proceso de producción de la mercancía fuerza de trabajo donde se producen valores de uso, materiales e inmateriales (afectos), y está separado en dos fases por el momento del consumo. La ceguera del marxismo era precisamente la de considerar que la reproducción de la fuerza de trabajo del obrero se llevaba a cabo a través del consumo individual y directo de valores de uso, sin tener en cuenta el proceso laboral que había detrás de ellos. Tras este análisis, Fortunati llega a la conclusión de que el trabajo de producción y reproducción de la fuerza de trabajo es productivo, y que es precisamente su apariencia de improductivo o no-capitalista lo que permite al capital extraer una enorme cantidad de plusvalor de este proceso. Lo que le interesa al capital es que el valor de uso de la fuerza de trabajo en el proceso de producción se incremente en relación con el valor de cambio, y es precisamente en el proceso de reproducción donde ese incremento tiene lugar a través de una relación de trabajo no directamente asalariada.

Si el proceso de reproducción se inserta dentro del proceso general de creación de valor y tiene además una relación de interdependencia con el proceso de producción, ¿cómo se concreta y transforma esa relación? La autora distingue dos fases fundamentales en el desarrollo del capitalismo, y describe cómo en cada una de ellas estos dos procesos siguen direcciones opuestas. En la fase de extracción de plusvalor absoluto, que se apoyaba en la extensión de la jornada laboral y en el empleo masivo de mujeres y niños en el proceso de producción, el trabajo de reproducción se limita a los mínimos necesarios, hasta tal punto que se llega a poner en riesgo el sostenimiento de la vida de la población. Esta situación límite, sumada a la necesidad de disponer de obreros más cualificados y en mejores condiciones físicas y psíquicas, es lo que lleva al capital, con la intervención y ayuda fundamental del Estado, a reorganizar todo el proceso de creación de valor. Del plusvalor absoluto se produce una transición al plusvalor relativo, caracterizado por el incremento del valor de uso de la fuerza de trabajo en relación con el valor de cambio. Esto se consigue expulsando a mujeres y a niños de las fábricas e incrementando en términos cuantitativos y cualitativos el trabajo de reproducción, para lo que la creación de la familia nuclear capitalista fue una condición esencial.

A lo largo de esta obra, Fortunati no se limita a describir el funcionamiento integral del proceso de creación de valor en la esfera de la reproducción como algo mecánico y ausente de conflictos, sino que alude constantemente a las luchas y resistencias que se dan en este terreno. Estas luchas sociopolíticas son consecuencia de que en el capitalismo el proceso de reproducción de los individuos se convierte en un proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. Los individuos pasan a tener valor solo como mercancía, como potencial capacidad de producción. Las reivindicaciones de las mujeres en torno al control y la decisión sobre sus propios cuerpos, las disidencias sexuales, las reclamaciones en torno al divorcio o la lucha por la socialización del trabajo reproductivo, son ejemplos del continuo cuestionamiento de la organización capitalista y patriarcal de la reproducción en nuestras sociedades. El capital, sin embargo, también ha sabido ajustarse a las nuevas formas de organizar el proceso de reproducción para garantizar que sigan contribuyendo a la creación de valor.

El principal inconveniente de la obra quizás se encuentre en su capacidad para llegar a un público más amplio, que se ve limitada por el uso de categorías marxistas que podrían resultar difícilmente comprensibles para las personas no familiarizadas con estos conceptos. Más allá de esto, su lectura permite entender cómo la reproduc-

ción de la fuerza de trabajo no es un apartado secundario, al que, en el mejor de los casos, hay que dedicar un párrafo adicional en los análisis del sistema económico capitalista, sino que su estudio es imprescindible para la comprensión global de esta organización socioeconómica.

Juan Fernández Fonseca
Universidad Complutense de Madrid
juanfe12@ucm.es